

A dramatic photograph of a nuclear explosion over a desert landscape. The sky is dark blue, and the ground is a flat, arid plain with sparse vegetation. A massive, glowing yellow and orange mushroom cloud rises from the horizon, with bright lightning bolts striking down from its base. The overall atmosphere is one of mystery and power.

JAVIER SIERRA

ROSWELL SECRETO DE ESTADO

Nuevas respuestas sobre el enigma
aeronáutico más oscuro de la historia

booket

Javier Sierra
Roswell. Secreto de Estado



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Javier Sierra, 1995.

© Editorial Planeta, S. A., 2013, 2016, 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de la cubierta: Shutterstock

Fotografía del autor: © Asís G. Ayerbe

Primera edición en esta presentación en Colección Booket: febrero de 2024

Depósito legal: B. 20.530-2023

ISBN: 978-84-08-28364-5

Impresión y encuadernación: QP Print

Printed in Spain - Impreso en España

Biografía

Javier Sierra (Teruel, 1971) tenía sólo diecinueve años cuando puso el pie en Roswell, Nuevo México, por primera vez. Antes de que esa remota ciudad del suroeste de los Estados Unidos se convirtiese en la «capital mundial de los ovnis», entrevistó a los últimos testigos que vieron cómo en 1947 oficiales de inteligencia de las Fuerzas Aéreas recuperaban los restos de un «disco volante». Tras décadas en silencio, reconstruyeron para aquel joven periodista extranjero su peripecia. Así nació el primer libro de una fecunda trayectoria dedicada a la investigación de los grandes misterios de la Historia. Títulos como *La ruta prohibida*, *La España extraña* o *En busca de la Edad de Oro* pronto acompañaron a novelas de éxito internacional como *La cena secreta* (publicada en 43 países), *La dama azul* (editado en otros 20), *Las puertas templarias*, *El ángel perdido* o *El maestro del Prado*, todas publicadas por Booket. Su última obra es *La pirámide inmortal*.

www.javiersierra.com

www.roswell.es

*A todos aquellos que, en su búsqueda
íntima de la verdad, se han sentido
alguna vez empujados por una «Fuerza Mayor».*

*Y en especial, a mis padres. Por educarme
en libertad.*

POR QUÉ SE REEDITA ESTA OBRA

Hace casi treinta años publiqué mi primer libro. Éste. Lo escribí del tirón, en veintiún días, sentado frente a una vieja puerta de madera convertida en mesa de trabajo, con vistas al Mediterráneo, en la casa que mis padres tuvieron en la costa del Azahar. Su argumento surgió con el ímpetu de las cosas vividas en primera persona. Tras meses encadenando viajes por Estados Unidos, Italia y Francia, tenía tanto que contar que la aventura emergió a borbotones, imparable. Ahora, al releer estas líneas de juventud, me conmueve reencontrarme con su pureza de intenciones y su sentido de la justicia. *Roswell. Secreto de Estado* fue el fruto de la apasionada búsqueda de respuestas a algo que en aquellos años formaba parte de mis certezas vitales, pero que sólo provocaba indiferencia o sonrisas burlonas entre quienes me rodeaban. Yo creía que este planeta llevaba milenios siendo visitado, controlado incluso, por inteligencias de otros mundos, y sin calcular las consecuencias que podría acarrear una seguridad como aquella me lancé a intentar demostrárselo al mundo.

Las cosas han cambiado mucho desde entonces. Hoy el asunto de los ovnis se discute, pero no se tilda de fantasía.

Nadie podría haber imaginado cuando empecé a estudiar el incidente que da título a esta obra que, en julio de 2023, un exoficial de inteligencia de Estados Unidos denunciaría ante el Capitolio, bajo juramento, que el Pentágono custodiaba ovnis estrellados y los cadáveres de sus pilotos. Ni que veríamos sus declaraciones abriendo los informativos de televisión. Pero ocurrió. Ante representantes de varios estados, David Grusch, veterano condecorado en Afganistán, aseguró conocer los lugares de alto secreto en los que se guardan esas evidencias e incluso denunció la existencia de un programa militar de «retroingeniería» que se remonta a los años cuarenta, creado para extraer provecho de su desarrollo tecnológico.

Al tiempo que eso sucedía, en el Senado de Estados Unidos se redactaba un apéndice de la nueva Ley de Defensa en el que se exigía una mayor atención a la potencial amenaza de vuelos no controlados de UAP¹ en el espacio aéreo del país. Su texto mencionaba explícitamente «tecnologías de origen desconocido», «vehículos transmedia» (capaces de moverse en tierra, mar, aire y espacio) e «inteligencias no humanas» a las que invitaba a vigilar de cerca. Hasta la NASA se vio forzada en 2023, tras setenta y seis años evitando el tema, a pronunciarse sobre los ovnis y admitir que hay que destinar recursos humanos y científicos a su estudio.

Por supuesto, ninguna de esas afirmaciones fue novedosa para mí. Este libro demuestra que llevo más de media vida tratando de responder *exactamente a las mismas preguntas* que ahora resuenan en esos pasillos. «Pero ¿dónde están tus pruebas?», llevan también décadas requiriéndome

1. *Unidentified Aerial Phenomena*, siglas propuestas en 2017, en el entorno militar estadounidense, para referirse a los ovnis.

los más incrédulos. «¡Las encontraré!», les dije siendo apenas un adolescente.

Fue en 1991 cuando empecé a buscarlas. Ésa es la historia de este trabajo. Tras unos años precoces consagrados a entrevistar a personas que habían visto ovnis en mi entorno (entre ellos, curtidos marineros de Vinaròs; algún que otro médico y hasta un par de veteranos periodistas del Maestrazgo), la llamada telefónica de un verdadero experto fue la culpable de ponerme tras las huellas del «gran caso». Al otro lado del auricular estaba Antonio Ribera, el decano de la investigación de los No Identificados en España. Llevaba carteándome con él desde que tenía sólo 15 años, y en ese tiempo se había convertido en el abuelo que nunca tuve. Fue él quien me recomendó que aprendiera inglés si quería acceder a la mejor bibliografía sobre misterios del mundo. Fue él quien me abrió el apetito por asuntos tan dispares como los moáis de la isla de Pascua o la exploración submarina, y también quien me enseñó el valor de contar las cosas usando las palabras adecuadas.

Aquella tarde, emocionado, Ribera me comunicó que le habían invitado a participar en un congreso internacional sobre misterios aéreos en Tucson, Arizona, y me pidió que lo acompañara como su asistente personal. Antonio tenía por entonces 71 años, acababa de sufrir un importante contratiempo cardíaco y no se encontraba con las fuerzas necesarias para emprender solo un viaje de semejante envergadura. Y yo, claro, acepté convertirme en su secretario. Nunca había estado en América, y la posibilidad de hacerlo junto a investigadores de todo el mundo que sólo conocía por sus libros me convenció. Sin embargo, no fue ése el argumento definitivo. De repente mi mirada se ancló en un objetivo aún mayor que el bueno de Antonio me sirvió en bandeja: no lejos de Tucson se encontraba la «célula

madre» del misterio que nos obsesionaba a ambos. Allí, en una olvidada ciudad de Nuevo México, en Roswell, vecina de los grandes campos de pruebas nucleares de la guerra fría, se produjo en julio de 1947 uno de los más extraños accidentes aéreos que se recuerdan. En aquel lejano verano de la posguerra un vehículo de procedencia desconocida se estrelló en el desierto, fue recuperado por personal militar y su rescate *anunciado oficialmente* como el de un «disco volante», tal vez de naturaleza extraterrestre. Enseguida, por razones que todavía se desconocen, aquella noticia se acalló.

Durante décadas no pocos interesados en la cuestión ovni sospecharon que allí había ocurrido algo muy serio. Y yo empecé a creer que ese incidente bien podría esconder «la prueba» que buscaba. Llevado por un entusiasmo sin límite, viajé a Tucson, después a Roswell, y gracias a un adelanto a cuenta de una serie de reportajes para la revista *Más Allá de la Ciencia*, conseguí entrevistar a los últimos testigos vivos (la mayoría militares retirados) que vieron o estuvieron cerca del misterioso «disco».

Ninguno de aquellos hombres —lo sé— me mintió. Hubiera sido absurdo hacerlo a un inofensivo extranjero de veinte años cargado de cámaras y grabadoras. Entonces los civiles aún no teníamos Internet y si querías hablar con alguien en la otra punta del globo, no quedaba otro remedio que ir en su busca. Ahora me alegro. Los ancianos que entrevisté estuvieron cara a cara con lo «imposible». El brillo de sus ojos los delataba. Vieron y hasta tocaron algo que no les pareció de este mundo. Y, como era de esperar, su testimonio se incrustó en mi memoria como una verdad valiosa y defendible.

Cuatro años después de aquel viaje iniciático en el que, por cierto, también tomé contacto con los escenarios ame-

ricanos de la que sería mi primera novela, *La dama azul*,² se produjo el acontecimiento que me *obligaría* a redactar estas páginas.

En la primavera de 1995, como si fuera un «fuego griego» imposible de sofocar, el rumor de que se acababa de filtrar una filmación militar de alto secreto del accidente de Roswell en el que no sólo se veían los restos de una extraña aeronave, sino también los maltrechos cadáveres de sus ocupantes, me reconectó con la «gran búsqueda». El documento, según se dijo entonces, mostraba el examen anatómico forense de al menos dos cuerpos de otro mundo.

¿Cómo no iba a perseguir una historia así?

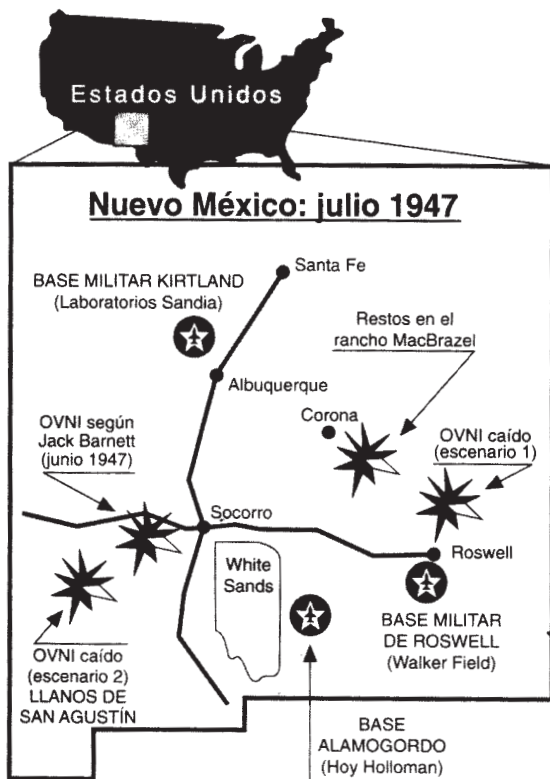
Durante los meses previos a la redacción de *Roswell. Secreto de Estado* llamé a cuantas puertas pude para establecer la autenticidad o no de aquel filme y su vínculo con lo sucedido en Nuevo México en 1947. Fruto de esa fiebre escribí estas páginas. Hoy, con la perspectiva que da el tiempo, las habría elaborado de otro modo. Sin embargo, he decidido darlas a imprenta de nuevo, sin cambiar nada de lo esencial, para que el lector tenga la oportunidad de comprender mejor por qué escribo lo que escribo. Tan sólo me he permitido añadir un apéndice que actualiza y resuelve su trama. En el fondo, querido lector, debes saber que toda mi obra, también la literaria, nace de la curiosidad que se activó en aquellos años tras los ovnis. En definitiva, de una mirada curiosa que nunca se ha dejado arrastrar por las opiniones de quienes descartan *a priori* todo lo que no encaja con nuestro «mapa del mundo», con nuestra «realidad».

Tres décadas después de que *Roswell. Secreto de Estado* viera la luz, conservo como el más preciado de mis tesoros esa mirada. Quizá me ha llevado a equívocos. No importa.

2. Publicada por esta misma editorial.

Este libro, sin ir más lejos, los contiene. Pero su calado es relativo. Doy por cierto que de no haberme enfrentado en solitario a desafíos como éste y de no haber compartido una parte importante de mi vida con aquellos que han estado delante de «lo imposible», yo no sería el escritor comprometido con el proyecto de hacer visible lo invisible en el que me he convertido.

Ojalá el futuro valore más la «fuerza mayor» que me empujó a esta locura, a la que aludo en la dedicatoria de este volumen, y que aún me sirve de guía.



Mapa de Nuevo México que recoge los diferentes escenarios en los que se supone que se recuperaron restos de ovnis en julio de 1947.

Jamás en la Historia de la investigación ovni, un episodio ha despertado tanta controversia como el llamado «caso Roswell». En nuestros días esa polémica es doble. Por un lado, seguimos sin saber con exactitud qué clase de aeronave se estrelló en Nuevo México en julio de 1947 y qué razones llevaron a la Fuerza Aérea de Estados Unidos a clasificar como secreta su recuperación. Por otro, la divulgación en 1995 de unas imágenes que recogían la autopsia practicada a los pretendidos extraterrestres caídos en Roswell resituó el caso en las portadas de un buen número de medios de comunicación de todo el mundo.

A mediados de los años noventa del siglo pasado no disponíamos de elementos suficientes para considerar aquella filmación auténtica... pero tampoco para desecharla como un fraude. Ambas posturas fueron durante mucho tiempo meras opiniones. Fue justo entonces cuando escribí el libro que el lector tiene en sus manos.

Hoy, aunque hasta los expertos más crédulos consideran aquel documento filmico el producto de un fraude singular y quienes lo divulgaron han confesado ya que fue la «recons-

trucción» de un documento real, todavía persiste la incógnita de por qué se hizo circular una película como aquella en vísperas del cincuenta aniversario del misterioso accidente de Roswell, justo cuando todos esperábamos que el gobierno de Estados Unidos desclasificara sus archivos sobre el caso.

En este trabajo se contienen algunas pistas que ayudarán al lector a comprender una trama tan intensa y a bucear en los preliminares de lo que, a buen seguro, el futuro definirá como la «noticia» o el «fraude» del siglo.

Y me refiero, naturalmente, al caso Roswell. No a la malhadada filmación de las autopsias.

PRÓLOGO

El gran puzle

Desde que comencé a trabajar en el manuscrito de este libro, no he dejado de preguntarme qué postura debía adoptar frente a su contenido. Y la respuesta ha tardado en llegar: objetividad.

Me vi involucrado en la investigación del caso Roswell —que se remonta a julio de 1947— en una fecha tan tardía como 1991. Mis esfuerzos por reunir documentación de la época, por entrevistarme con algunos de los testigos de aquellos hechos y por visitar los escenarios del caso, se han visto recompensados con un abundante dossier de información que parece no dejar lugar a dudas: hace medio siglo una aeronave no terrestre se precipitó contra el suelo en Nuevo México, y fue recuperada en secreto por personal cualificado de la Fuerza Aérea de Estados Unidos.

Hasta ahí el cúmulo de evidencias se me antoja intachable.

Sin embargo, esa certeza no habría bastado para publicar un trabajo como éste. Sólo en Estados Unidos, entre 1980 y 1995, vieron la luz cinco libros de gran tirada íntegramente dedicados al accidente de Roswell, amén de centenares de artículos y monografías escritos para investiga-

dores e interesados en el tema. Los detalles más nimios fueron, durante ese tiempo, objeto de los más acalorados debates... y con todo, pocos de ellos han trascendido al gran público.

A mediados de 1995 la situación cambió. Una serie de rumores procedentes de Gran Bretaña aseguraban que un productor de televisión inglés había adquirido unos rollos de película militar secretos que contenían la autopsia practicada a unos extraterrestres. Por la fecha en la que se decía que fueron filmados y por el lugar, se presumió precipitadamente que las películas correspondían al caso Roswell.

Temblé.

Nunca antes se había hablado de la existencia de un documento así vinculado a este episodio, y menos aún que imágenes de esas características hubieran podido filtrarse a la opinión pública.

Mis primeras averiguaciones —allá por abril de 1995— chocaron contra un muro que no esperaba. Las imágenes existían, pero estaban en poder de un productor británico llamado Ray Santilli que deseaba a toda costa especular con ellas y cerrar el negocio del siglo vendiendo sus derechos de reproducción a televisiones y medios impresos. Ésa, y no otra, era la razón por la que las películas en sí no habían circulado todavía, y por la que una suerte de «embargo internacional» las estaba manteniendo fuera de circulación.

Al iniciarse aquel verano, algunos fotogramas de esta filmación fueron filtrados a la prensa de todo el mundo. Se generó así una expectación que estallaría definitivamente el 28 de agosto de aquel año, cuando varias televisiones europeas, australianas, asiáticas y americanas emitieron fragmentos de la codiciada filmación. A partir de ese momento surgieron toda clase de opiniones: desde los que creían que todo

era un absurdo montaje creado gracias a unos magníficos efectos especiales, hasta los que veían en las tomas la confirmación definitiva de que los extraterrestres existían, y que Estados Unidos había ocultado las pruebas durante casi cinco décadas.

Por desgracia, ni unos ni otros aportaron evidencias de peso para sustentar sus tesis.

Fue en medio de aquella situación, cuando una serie de circunstancias profesionales me empujaron a investigar a fondo este entramado. Tomé varios aviones para entrevistarme en Europa con los principales implicados, desempolvé mis cuadernos de bitácora de la investigación en Roswell y comencé a reconstruir la película —nunca mejor dicho— de estos hechos.

El resultado de aquella encuesta profesional es este libro; una suerte de bloc de notas que desvela lo que, sin duda, es un expediente abierto del que todavía no se ha escrito la última palabra. En él he agrupado los apuntes de mis viajes y los resultados de mis modestas averiguaciones. Y aunque, en 1995 su resultado no me permitió avalar o desestimar la validez del filme, sí me dio pie para enunciar tres conclusiones que todavía se me antojan importantes:

1. La llamada «película de los extraterrestres de Roswell», que contiene imágenes de las autopsias a dos criaturas de aspecto vagamente humano no forma parte, ni lo formó nunca, del caso Roswell en sí.
2. Estoy razonablemente seguro de que en Roswell cayó algo de procedencia no humana, cuya recuperación ha tratado de ser ocultada al mundo durante medio siglo.
3. La aparición de la «película de Roswell» coincidió, además, con el momento en que más presión pública se estaba ejerciendo contra el gobierno de Estados Unidos para que liberara los datos relativos a este accidente. Fruto de una cal-

culada maniobra, esta presión cedió frente a la espectacularidad de la presunta «evidencia» filmica, desinflando a la larga el legítimo interés mundial por el extraño accidente de una aeronave no identificada en Nuevo México, en 1947.

Pero, no se engañe el lector. Estas tres conclusiones representan tan sólo un atisbo de una trama que, en las páginas que siguen, pretendo desarrollar en toda su amplitud.

INTRODUCCIÓN

La última pieza del rompecabezas

**República de San Marino, 20 de mayo de 1995.
15 horas**

La niebla casi podía cortarse con cuchillo en la pequeña plaza fortificada de Sant'Agata. Hacía días que los habitantes de la capital de este curioso estado independiente ubicado al norte de Italia no veían ni un rayo de sol, y una especie de pereza crónica parecía envolver toda su actividad vital. Por si fuera poco, la suave lluvia caída durante aquella mañana había terminado por convertir los adoquines de la ciudad en una peligrosa pista deslizante, arruinando definitivamente mi costumbre de acudir a paso ligero a las citas pendientes. Y bien que lo lamenté.

Con las gafas humedecidas por la niebla, dudé durante unos instantes si debía abandonar o no mi refugio bajo uno de los umbrales del Teatro Titano. No tuve elección. Miré el reloj por enésima vez, subí el cuello de mi gabardina cerrando todos sus botones y crucé a toda prisa aquella plaza desierta. En apenas media hora debía asistir a una impor-

tante reunión, concertada en secreto al otro extremo de la ciudad, y cuyas implicaciones —me habían asegurado con contundencia— iban a cambiar definitivamente el rumbo de mi interés periodístico por el misterio de los ovnis.

Aunque me pareció exagerado, intuí que no debía perderme aquella cita por nada del mundo.

Había, como digo, una buena razón para ello. Apenas un par de horas antes, en el interior del Titano, donde estaba teniendo lugar por tercer año consecutivo un simposio internacional sobre los No Identificados auspiciado por el gobierno de San Marino, mi buen amigo y mejor investigador Roberto Pinotti —uno de los escritores mejor documentados sobre esta cuestión en Italia— disparó con un solo comentario todas mis alertas.

—Esta tarde en el Gran Hotel, a las 15.30 en punto, se proyectarán unas imágenes pertenecientes a la filmación militar que recoge las autopsias de los extraterrestres de Roswell. No faltes —insistió.

Pinotti, *alma mater* de aquel encuentro ufológico y responsable último de que hubiera tomado un avión hacia San Marino la tarde anterior, me lo dejó bien claro:

—Nada de cámaras fotográficas, Javier. Puedes tomar notas y preguntar cuanto quieras, pero no tienes permiso para reproducir lo que se va a proyectar.

No necesité más. Hacía años que esperaba una oportunidad como aquella. Por fin, después de tanto tiempo persiguiendo —en su sentido más literal— evidencias que demostraran que nuestro planeta estaba siendo visitado por seres de otros mundos, iba a poder contemplar el rostro de uno de aquellos escurridizos «fugitivos».

O, al menos, eso me dio a entender.

Había oído hablar por primera vez de esas imágenes a finales de marzo, cuando un comunicado de las agencias

ANSA y AFP, fechado en Londres el día 27 de ese mes,¹ anunciaba en primicia que un productor de televisión británico llamado Ray Santilli había conseguido fragmentos de una filmación militar secreta estadounidense que recogía la autopsia a un extraterrestre capturado en Roswell (Nuevo México) hacía casi medio siglo. De hecho, la historia de cómo aquellas imágenes «top secret» habían caído en manos de este productor, especializado por cierto en vídeos musicales, me resultó rocambolesca desde el principio.

1. La nota de prensa rezaba textualmente:

«Londres, 27 de marzo. Una película ultrasecreta tomada hace casi cincuenta años por militares americanos y que muestra un “extraterrestre muerto” será proyectada este verano en Gran Bretaña durante una reunión internacional de apasionados por los ovnis. Así lo ha manifestado el organizador de la reunión, Philip Mantle.

Mantle, de la British UFO Research Association (BUFORA), dijo ayer que el filme fue tomado en 1947 en el estado de Nuevo México por miembros de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos, después de que un disco volante cayera a tierra.

Un excámara militar americano, ahora de ochenta y dos años, habría hecho una copia de la película y la habría después vendido a Ray Santilli, un productor de documentales inglés.

Según Mantle, en el filme de noventa minutos se ven a algunos científicos mientras practican la autopsia a una “criatura” que parece un extraterrestre. En otro momento, en la película en blanco y negro tomada en dieciséis milímetros, se ven restos del disco volante que estaría hecho de material indestructible.

El filme ya ha sido examinado por la Kodak, que ha confirmado que tiene cincuenta años de antigüedad, “y ahora queremos hacerlo examinar por expertos universitarios”, ha dicho Mantle, según el cual la película no ha sido nunca mostrada al público. La proyección se ha fijado para agosto en la Universidad de Sheffield, con ocasión de una conferencia de dos días en la que participarán cerca de quinientos expertos ufólogos.» (ANSA-AFP.)

Según él, en junio de 1993 viajó a Estados Unidos con la intención de comprar algunas de las primeras tomas inéditas de Elvis Presley sobre un escenario. Éstas fueron filmadas por un octogenario cámara llamado Jack Barnett —seudónimo que encubría su verdadera identidad—, y que con anterioridad había servido como oficial para la Fuerza Aérea de Estados Unidos (USAF). Pues bien, en algún momento de aquellas negociaciones, Barnett habló a Santilli de otro material bien distinto al del «rey del rock». En concreto de veinte rollos de película de dieciséis milímetros, de tres minutos de duración cada uno, además de otras dos cajas con segmentos de celuloide que totalizaban otros veinticinco minutos de película más. En ellos estaban recogidas unas imágenes rodadas por él durante las autopsias a los tripulantes de un ovni recuperado por la USAF en el verano de 1947, y filmadas tanto en el lugar del accidente como en un quirófano de la base militar de Fort Worth, en Dallas (Texas).

Según lo que había podido averiguar poco antes de partir hacia San Marino, Barnett duplicó en secreto aquel material, burló todos los controles de seguridad de la propia base de Fort Worth y custodió en su domicilio las películas durante más de nueve lustros.

—Estuvimos en el lugar adecuado en el momento preciso—ha declarado desde entonces el propio Santilli en varias ocasiones—. Barnett necesitaba dinero para casar a una de sus nietas, y nosotros le propusimos comprarle todo aquel archivo filmográfico, dándole el dinero que requería.

De esta extraña forma, a primeros de 1995 se cerraba el trato y Santilli conseguía traerse consigo noventa y un minutos de una filmación de alto secreto, de la cual al menos media hora corresponde a imágenes nítidas e inequívocas.

Unas tomas filmadas por Barnett, siempre según lo que cuenta Santilli de él, a raíz de la caída de un ovni en junio de 1947² en un desierto próximo a la base aérea de Roswell. A grandes rasgos, y según los diferentes asistentes a las proyecciones restringidas del filme previas al congreso de San Marino, las imágenes en buen estado recogían tres escenas bien diferenciadas entre sí. A saber:

1) *Examen in situ*: Se trata de una secuencia de unos seis minutos de duración, tomada en el interior de una tienda de campaña, apenas iluminada con lo que parece una lámpara de petróleo y en la que se aprecia a dos «médicos» examinando una entidad tumbada sobre una camilla. Durante el tiempo que dura esta secuencia, ambos «doctores» extraen tejidos de detrás del cuerpo, y los depositan en un recipiente que no está a la vista del espectador.

2) *Primera autopsia*: Es otra grabación de unos dieciocho minutos de duración total, que recoge una escena bien distinta a la anterior: en un quirófano bien iluminado, dos cirujanos enfundados en trajes herméticos examinan una criatura desnuda tumbada sobre una camilla de aspecto metálico. La criatura tiene el vientre abultado, seis dedos en cada una de sus dos manos y en sus dos pies, una cabeza voluminosa, sendos pabellones auditivos y unos ojos negros enormes. Durante la autopsia se abrirá en canal a la criatura, se extraerán muestras de tejido de una de sus piernas —que muestra una profunda herida—, se le sec-

2. La fecha en la que tuvo lugar el incidente de Roswell aún no está clara ni para quienes hemos investigado el caso. Mientras que la mayoría coincidimos en señalar que el accidente del ovni tuvo lugar a primeros del mes de julio de 1947, Jack Barnett asegura que el impacto se produjo cuatro semanas antes. Fue, como puede suponer el lector, la primera pieza fuera de lugar en el rompecabezas que plantea la filmación rescatada por Ray Santilli.

cionarán algunos órganos e incluso se procederá a la extracción de su cerebro. También se aprecia cómo uno de los facultativos toma buena nota en un bloc de los resultados del análisis, y cómo a través de un cristal un tercer personaje vestido de cirujano parece dirigir la necropsia, recogiendo los comentarios de los doctores a través de un micrófono de jirafa que cae del techo de la sala.

3) *Segunda autopsia*: Se trata de una secuencia de unos doce minutos de duración, y que recoge una operación muy similar a la precedente. En estas imágenes se recoge el análisis a una nueva criatura, que presenta pocas diferencias con la anterior: su vientre no aparece tan abultado, no se aprecian heridas de consideración y sus rasgos faciales son, ciertamente, muy parecidos a la criatura de la *primera autopsia*. La secuencia de la operación es virtualmente idéntica a la anterior, aunque ninguno de los rollos conservados recoge la extracción del cerebro.

Por fortuna, cuando los primeros retazos de esta historia llegaron a mis oídos, conocía bien el caso Roswell. Había estudiado a fondo hasta la última de sus derivaciones pero nunca antes, nunca, me había sentido tan cerca de lo que parecía ser la prueba concluyente de que una nave no humana se había estrellado en el desierto de Nuevo México hacía medio siglo. Así que, con la extraña sensación en el cuerpo que me dejó la invitación de Pinotti para que asistiera a la proyección de algunas de las imágenes descritas, dejé que los acontecimientos se desarrollaran por su propio pie en San Marino y me abandoné —como de costumbre— en brazos de la Providencia. A fin de cuentas, no podía opinar sobre la autenticidad de las imágenes hasta no verlas; y el enfrentarse a ellas era sólo cuestión de paciencia.

Hice bien. A las 15.30 en punto, con una precisión casi británica, montaba guardia en el vestíbulo del Gran Hotel en espera de que se mostraran las imágenes prometidas. Para mi sorpresa, algunos periodistas italianos aguardaban también impacientes la reunión, al tiempo que dos fornidos policías aparecieron en escena indicándonos el lugar de la proyección, procediendo a cachear minuciosamente a cuantos decidíamos entrar en la pequeña sala donde debíamos asistir a la exhibición de las «imágenes del siglo».

—*E questo pacchetto?* —me detuvo en seco uno de ellos, mientras señalaba un, ciertamente, extraño bulto en la pernera de mi pantalón.

—... Es, bueno... —vacilé.

Con cara de pocos amigos, aquel policía vestido de azul marino y cuero me obligó a remangarme el pantalón, revolver en mi calcetín izquierdo y dejar fuera de la sala mi fiel Olympus. Una pequeña cámara analógica del modelo Stylus que anteriormente ya había «colado» en otras situaciones prohibidas, y que había preparado a conciencia, desoyendo la advertencia de Pinotti, para reproducir furtivamente las imágenes del extraterrestre. Enrojecí de vergüenza.

Una vez sentado en primera fila, y tras tomar en mi cuaderno de bitácora algunas notas del ambiente de expectación creado entre la veintena de periodistas allí citados, llegaron a la sala los responsables de la reunión. El primero en entrar fue Chris Cary, un caballero espigado, de tez morena y cabello largo, hombre de confianza de Ray Santilli, a la vez que depositario de la codiciada filmación. Le acompañaba Philip Mantle, director de investigaciones de la British UFO Research Association (BUFORA) y principal responsable de la difusión del comunicado de prensa de marzo que, como decimos los periodistas, «levantó la liebre» de estas imágenes. Y junto a ambos, Roberto Pinotti, bien conocido

en Italia por sus libros sobre ovnis, y el productor de televisión Maurizio Baiata.

—En primer lugar —rompió el silencio Cary en su perfecto inglés—, he de advertirles que esta proyección se interrumpirá si se descubre a alguien en la sala con una cámara de fotos o de vídeo. La compañía que represento, la Merlin Group, tiene todos los derechos sobre la película y no desea una difusión no controlada de la misma. De igual modo, lamento no poderles proyectar la filmación en sí, aunque en su lugar verán siete diapositivas extraídas de la misma.

Fue mi primera decepción: había viajado a San Marino con la esperanza de ver el primer documento fílmico de la autopsia a un extraterrestre, y ahora debía contentarme con unas pocas imágenes fijas. De nuevo, no me quedó otra alternativa que dejar hacer a la Providencia.

Las luces se apagaron. Tras situar a los periodistas en el contexto del «caso Roswell», Cary comenzó a pasar con deleite las imágenes, mientras un espeso silencio se extendía entre los reunidos. Una extraña mezcla de tensión, sorpresa y decepción sacudió mi cabeza cuando, por fin, apareció el primer «extraterrestre» en pantalla. Tragué saliva. Aquella primera imagen mostraba una extraña criatura bípeda, de aspecto más bien humano, de gran cabeza y vientre abultado, tendida sobre una camilla en el centro de lo que parecía una sala de operaciones. Las siguientes imágenes abundaban en nuevos detalles de aquella misma entidad: su cabeza disponía de una nariz achatada, pabellones auditivos similares a los de un niño y una boca en la que se dibujaba una desagradable mueca de dolor; sus manos y pies tenían seis dedos en cada extremidad y parecía carecer de las mamas o el ombligo propios de un mamífero. Finalmente, las últimas diapositivas de la serie desvelaban los cortes realizados por los cirujanos en torno al cuello y a lo largo del tórax,

dejando al descubierto su pecho y sus órganos vitales, así como un cerebro parecido a un riñón humano. Desde luego, no eran plato de buen gusto.

¿Qué podía decir? Vi la secuencia de aquellos siete fotogramas dos veces consecutivas y deduje, por la herida que mostraba la entidad en una de sus piernas, que se correspondían con la *primera autopsia*. Creo que no parpadeé en ninguno de los dos pases, y a pesar de que traté de encontrar cualquier indicio de fraude o de manipulación en las tomas, me sentí incapaz de hacerlo.

Sólo hubo algo que me desalentó: realmente no esperaba encontrar un cuerpo de aspecto tan similar al humano. Y no lo esperaba por una razón muy concreta, que recordé de inmediato. Según explicó hace algunos años el profesor Jared Diamond de la Universidad de Los Ángeles, en su obra *The Third Chimpanzee*, sólo la familia de los chimpancés tiene un 98,4 % de genes idénticos a los humanos, y su aspecto, como es evidente, difiere bastante del nuestro. En cambio el «visitante extraterrestre» de las imágenes podría pasar como un primo hermano de cualquiera de nosotros; y una de dos, o aquella criatura era de origen humano o se trataba de un pariente muy cercano al hombre, mucho más que cualquier mono, con una cantidad de genes idénticos a los nuestros cercana al 100 %...

—Fotos inquietantes, ¿cierto? —me golpeó la espalda con cierto retintín Michael Hesseman, un rubicundo periodista alemán especializado en ovnis.

—... Pero no concluyentes —respondí.

—Deberías ver las imágenes en movimiento, como yo las vi hace un par de viernes en Londres.

Hesseman y yo habíamos tenido ya la ocasión de hablar la tarde anterior de su visión de un fragmento de la película en Londres. En concreto, también de la *primera*

autopsia. Por azar, compartimos coche oficial del gobierno de San Marino tras mi llegada al aeropuerto Guglielmo Marconi de Bolonia el 20 de mayo por la noche, y mientras viajábamos hacia la capital de este pequeñísimo estado para asistir a su reunión ufológica anual, me narró cómo el pasado día 5, en una pequeña sala del Museo de Londres, la gente de Santilli proyectó dieciocho minutos del polémico filme, en los que se apreciaban claramente los detalles de un típico examen post mórtem. Tampoco en aquella ocasión permitieron el acceso de cámaras de vídeo o fotográficas, me explicó Hesseman, y los algo más de cien invitados —ufólogos y reporteros en su mayoría— tuvieron que contentarse con la estupefacción que les produjo ver a un ser no terrestre abierto en canal sobre una camilla.

Casi no quiero ni recordarlo. En las horas que siguieron a aquella proyección de diapositivas y a mi conversación con este investigador alemán, mi indignación fue creciendo por momentos. Tenía buenas razones para ello.

A eso de las siete y media de la tarde tuvo lugar una nueva exhibición de los siete fotogramas de la *primera autopsia*. Esta vez en los sótanos del Teatro Titano, donde se estaba desarrollando la reunión de investigadores ovni, y sólo para aquellos a los que se les hubiera entregado —discreetamente, claro— una cartulina azul donde se leía con claridad *Pass per proiezione riservata* (pase para proyección reservada). Con este segundo pase, tanto Chris Cary como los organizadores del encuentro habían logrado hacer crecer hasta el límite la expectación entre el público... sin darles ninguna evidencia sólida para creer en las imágenes más que unos pocos fotogramas extraídos aleatoriamente de una filmación de la que seguíamos sin saber nada.

No era justo.